

#### CAPÍTULO XIV.

##### Misterios.

I. Mi razon no puede admitir misterios.—II. En vuelven contradiccion.—III. ¿Qué razon puede haber para admitirlos?

La fé presenta várias especies de verdades para creer, algunas á las que no llegaria el hombre, ó llegaria con mucho trabajo, pero que despues de reveladas nada tienen que repugne á la razon, como, por ejemplo, las perfecciones de Dios, la creacion, los principios eternos de la justicia y de la moralidad; y otras á las cuales no sólo no llegaria nunca el hombre dejado á sí mismo, sino que, áun despues de reveladas, no se pueden alcanzar, y se deben sólo creer doblegando la inteligencia en obsequio del Omnipotente. Tales son, v. gr., la Unidad y la Trinidad de Dios, la Encarnacion del Verbo divino, la presencia real de Cristo en el Sacramento, y universalmente todos los que llamamos misterios. Ahora bien: por lo que hace á las verdades del primer género, dicen algunos, podríamos conformarnos con ellas; mas por lo que hace á las segundas, esto es, á los misterios, ¿quién podrá nunca someterse á ellos? No tienen objeto, y no puede proporcionar la menor ventaja creer lo que no se comprende, áun prescindiendo de que la razon no puede faltarse á sí propia, como lo haria si admitiese contradicciones. Por lo cual se paran con fiereza, nada quieren saber, y desechan todo lo misterioso. ¿Creeis vosotros que tienen verdaderamente razon para obrar así? Como no la tienen los que rehusan la fé, la tienen despreciable los que rehusan extenderla á los misterios. Hemos visto lo primero en el capítulo anterior: veremos aquí lo segundo.

I. *Mi razon no puede admitir misterios.*—Comenzamos por los derechos sempiternos de la pobre razon humana, tan débil por una parte, y

tan soberbia por otra. ¿Por qué no puede vuestra razon admitir misterios? Hemos dicho ántes que nosotros por la fé creemos en virtud de la autoridad de Dios que habla, despues de haber demostrado victoriosamente con todo género de pruebas que verdaderamente dignase hablarnos. Mas si es así, ¿qué importa que Dios hable cosas inteligibles ó inteligibles? ¿No es siempre infalible cuando habla? ¿No tiene siempre los mismos derechos sobre nosotros? ¿No puede hasta exigir el sacrificio de nuestro entendimiento? ¿Qué vale pues, decir *yo no comprendo* lo que propone? ¿Habeis comprendido á lo ménos que lo propone Dios? Si habeis comprendido esto, que no se puede dejar de comprender, habeis comprendido lo bastante, porque estais atados de manos y piés, y porque nada podeis decir en contrario, si no ignorais completamente quién es Dios, su autoridad, su sabiduria y su veracidad. Vuestros derechos son hermosos y excelentes; mas creo que tambien Dios puede tener algun derecho sobre sus criaturas, y que cuando quiera hacerlo valer, como ha sucedido en el caso presente, no tendrán derechos contra Dios. Esta razon no admite réplica, y es suficiente por sí sola para desvanecer todas las dificultades.

Sin embargo, para tratar con mayor condescendencia la dificultad, ¿por qué decís que vuestra razon se ofende con los misterios? ¿No notais que hasta los párvulos han abierto ya los ojos y saben lo que significan ciertas frases que se han tomado prestadas de quien las inventó para darse un poco de aire filosófico, cuando le faltaba la filosofía? Si creer aquello que no alcanzais ofende vuestra razon, podeis daros por vencidos, porque este mundo sublunar no hace para vosotros. Aquí á cada momento os será forzoso creer cosas que no alcanza-  
reis, y os convendrá crearlas pacientemente, si no tomais á vuestro cargo la empresa de construir un mundo particular para vosotros, en el cual todo sea claro é inteligible. ¿Y qué? ¿Comprendeis todos los misterios de la naturaleza que están siempre á la vista? Decidme, por gracia: ¿no creéis que los

vientos soplen, por ignorar cómo soplan; que la luz ilumine, por desconocer su naturaleza esencial; que existe el éter, por no saber de qué se compone? Entrad á ver una familia, donde quizá habrá seis hijos: el primero es sábio, díscolo el segundo, el tercero está siempre alegre, el cuarto llora constantemente, el quinto todo lo alcanza no bien abris la boca para explicárselo, y el sexto nada entiende, por esfuerzos que hagais: todos son hijos, sin embargo, de un mismo padre y de una misma madre. ¿Cómo tanta diversidad? ¿Penetrais vosotros el misterio? Si habeis alguna vez ahondado un poco en la física, en la metafísica, en la medicina ó en otra cualquier ciencia, aún natural, no puede seros lícito ignorar que son misteriosos en sus causas los fenómenos que más frecuentemente tenemos á la vista, y que sin embargo no queda ofendida la razon de ninguno que los admite. El célebre P. Lacordaire hizo esta pregunta á uno que no podia creer: ¿cómo el fuego, que disuelve la manteca, endurece los huevos? Y sin embargo, aunque no lo entendais, creeis perfectamente en la tortilla, su efecto ordinario. ¡Considerad, pues, si deben ofender la razon los misterios divinos propuestos por un Dios!

Dire más: como dichos misterios se refieren á Dios, hasta tal punto no queda ofendida nuestra razon por ellos, que debe aguardarlos, ántes de que á investigar se meta las cosas divinas. El que á través del mar se arroja con el fin de pasarlo, debe aguardar corrientes, y escollos, y vientos, y borrascas, porque así lo requiere la naturaleza del Océano. Así, el que se pone á considerar las cosas de Dios, debe aguardar profundidad, sublimidad é inmensidad inaccesibles á la mente humana, ó sea misterios.

Si el hombre pudiese alcanzar á Dios, su naturaleza, sus perfecciones y sus obras, por ser proporcionadas á su entendimiento, el hombre sería igual á Dios, ó Dios descendería hasta la mezquindad del hombre. Decir lo primero sería un atrevimiento semejante á aquel espíritu réprobo que dijo: *me pareceré al Altísimo!* Lo segundo sería una

blasfemia que no sabemos haya concebido todavía la mente de ningun demonio. Hé aquí por qué la religion verdadera será siempre una religion de misterios; hasta tal punto es falso que los misterios sean indicio de falsedad, que, por el contrario, deberia sospecharse de su falsedad si no los tuviese.

Ni sólo por razon del objeto que es Dios, resulta fácil la creencia en los misterios, sino tambien (¡cosa verdaderamente admirable!) por la inclinacion suavisima que para admitirlos ha colocado el Señor en la naturaleza del hombre, que conduce naturalmente á lo misterioso, hasta el punto de apasionarnos de ello. Dígasenos, si no: ¿de dónde sale el ánsia que tienen los jóvenes de ser enterados de cosas ocultas, de secretos y de misteriosos acontecimientos? ¿Por qué los escuchan tan atentamente, y los consideran un tesoro, aunque sepan que son ficciones, sino por el atractivo que tiene para nosotros el misterio? ¿De dónde han salido las reuniones nocturnas, las adivinaciones, los sortilegios y mil otras supersticiones perseguidas tan vivamente, no sólo por la Iglesia, sino tambien por las leyes civiles? ¿Cómo se arrojan hoy con tanto furor las gentes á todas las maravillas del magnetismo, de las mesas parlantes y del *espiritismo*, sino por aquel carácter misterioso que presentan? Tenemos un afecto inextinguible á lo verdadero; mas como cambiamos con frecuencia lo real con lo aparente, nace de aquí el error; tenemos un amor invencible al bien; mas como tomamos frecuentemente la sombra por el cuerpo, nace de aquí la culpa: igualmente la inclinación que tenemos á los misterios hace que, al carecer de los verdaderos y santos, nos atengamos á los falaces y á los irreligiosos.

Lo cual es tan cierto, que en el siglo pasado, cuando llegaba la incredulidad á su colmo, abolido el Cristianismo y adorada la Razon, se quitaron en Francia de enmedio los santos misterios de la fé, se precipitó el pueblo con tanta furia en los misterios nefandos del vicio y de la supersticion, que no hubo ya modo de dar curso á los procesos. Portalis

afirma que en la Biblioteca nacional de París no se pedían más libros que los de cábala y de magia; Roubies, bibliotecario público en Lyon, mostró al mismo las pruebas auténticas de misterios abominables que se celebraban periódicamente en asambleas nocturnas; tan horribles, que á su lado eran nada las más imprudentes supersticiones del paganismo. En nuestros días, en los Estados Unidos y en Ginebra, los que por no admitir la divinidad del Crucificado niegan el misterio de la Encarnación, siéntanse alrededor de una mesa que dicen les habla, y creen con la mejor fé del mundo que los ángeles, los arcángeles y el mismo Jesús se entretienen de veras y en persona con ellos, hasta cuando discurren como libertinos. Tanto vale; es preciso que el misterio santo y religioso ocupe convenientemente nuestro espíritu, ó que crea en los misterios tenebrosos y desvergonzados del vicio y de la superstición.

Y para que así deba suceder, existe una razón clarísima. En el misterio hay algo de maravilloso, y los hombres somos compelidos naturalmente á lo que causa maravilla; en el misterio hay algo de grande y de sublime, y los hombres somos compelidos naturalmente á lo inmenso y á lo infinito; en el misterio hay algo de augusto y de venerando, y los hombres, si no hacemos violencia á nuestra naturaleza, somos compelidos á la religión y á la piedad. No sabemos muchas veces darnos cuenta de nuestras tendencias, mas no podemos sustraernos á la fuerza de las inclinaciones que pone Dios en nuestro corazón. Hé aquí por qué hasta tal punto es falso que nuestra religión quede ofendida por los misterios, que más bien se encuentra ayudada y confortada admirablemente por los mismos.

II. *Los misterios, continúan, envuelven contradicción, y entonces...*—No prosigais. Si presentáseis esta dificultad á un niño de diez años bien amaestrado en el Catecismo, prorumpiría en una risotada, contestando despues que no son *contrarios* á la razón, sino *superiores*, y que la contradicción no es real, sino aparente. Notadlo en un

ejemplo: si hablando del misterio de la Santísima Trinidad se os dijese que hay solo un Dios y que hay tres Dioses, esto sería una verdadera contradicción, y por tanto un verdadero imposible, porque no puede suceder al propio tiempo que Dios sea uno solo y que sean tres los Dioses; mas si digo solamente lo que dice la fé; á saber, que Dios es uno solo, bien que subsista en tres Personas, no hay contradicción de ningún género. La Divinidad es una sola, pero en tres Personas. Queda sólo el misterio, que no alcanzamos, de cómo pueda tener Dios una triple subsistencia. Mas por no comprenderlo, ¿puede acaso decir nuestra razón que no es posible? Para afirmarlo sería preciso primeramente que tuviésemos tal conocimiento de la naturaleza divina y de todas sus propiedades, que pudiéramos decir cuánto conviene á ella y cuánto desdice de la misma. Lo cual, como todos ven, será siempre imposible á nuestra limitadísima capacidad, y siempre, por consecuencia, falsísimo que haya contradicciones en el misterio. Lo dicho del de la Trinidad aplicado á los demás misterios. «No alcanzo cómo Jesucristo pueda ser á un mismo tiempo Hombre y Dios:» sí, mas ¿habeis leído nunca en lo profundo de la esencia de Dios los modos por los cuales una Persona divina puede unirse á una criatura? «No comprendo cómo Jesucristo pueda encontrarse bajo las especies sacramentales en la Eucaristía:» sí, mas ¿habeis escudriñado todos los secretos de la sabiduría y del poder divino para definir todas las clases de vida que puede dar á un cuerpo? «No entiendo cómo María pueda ser al mismo tiempo Virgen y Madre:» sí, mas ¿habeis penetrado todos los secretos de la infinita virtud de Dios, para que podais afirmar que no se extiende á dicho efecto? Definid primeramente todo lo dicho, y despues podreis hablar. ¿No veis que para poder decir que el misterio es imposible y contradictorio necesitaríais conocer ántes la esencia, la infinidad, la omnipotencia, la inmensidad de Dios, y que siendo esto imposible, porque el hombre finito no es capaz de lo infinito, será también eternamente imposi-

ble hallar y demostrar en el misterio una contradicción?

III Pero replican todavía: *¿Qué motivo puede haber tenido Dios para proponernos la creencia de los misterios? Lo que no se comprende, no puede producir en nosotros bien alguno. Podía, pues, guiarnos por otro camino.* Esta pregunta sería estólida si no fuese sacrilega. Porque ¿quiénes somos para preguntar á Dios por qué lo ha hecho así? ¿No es bastante que sea ordenado por una sabiduría infinita, para que deban inclinársele prontamente todos los entendimientos? Y sin embargo, no es difícil hallar razones muy satisfactorias.

El hombre se perdió por la culpa de no haber creído á Dios allá en el paraiso terrenal; es, por tanto, muy conveniente que, á modo de expiación, ahora crea en Dios, sin comprender lo que cree. Así es admirablemente igualada la pena con la culpa. Fuera de que ¿cuál es el sacrificio más grande que hace el hombre al Todopoderoso? No son las víctimas que puede degollar, ni las oblações que puede ofrecer. Por el entendimiento se diferencia de los brutos, é imita la naturaleza de los ángeles; que sacrifique, pues, en el ejercicio de la fé lo que tiene de más espléndido, de más augusto, ó sea su entendimiento; y éste será un sacrificio digno del hombre, y ménos indigno de Dios. Finalmente: ¿cuál es el bien que nosotros esperamos como último y preciosísimo fruto de nuestra religion? Ver á Dios cara á cara y gozarlo sin velo. ¿Cuál es, por por tanto, aquella disposicion más proporcionada á este premio sino la de la fé, por la cual se comienza á creer con mérito lo que un dia se verá manifestamente por recompensa? Estas solas razones bastan á satisfacer al que busque con sinceridad lo verdadero.

Es inexacto lo que afirman los irreligiosos, á saber, que *del misterio no se saca ningun conocimiento*, porque los misterios son como aquella nube maravillosa que guiaba á los israelitas en el desierto; la cual, si era todo tinieblas por un lado, difundia por otro una luz vivísima. Así los misterios,

miéntras humillan por una parte nuestra mente y sirven para ejercitar nuestra fé, la ilustran por otra con verdades soberanas. En primer lugar, aunque no se comprenda lo que forma el misterio, no se debe creer que bajo aquellas palabras que lo anuncian no se encierra un conocimiento. De aquella sagrada oscuridad sácase siempre una verdad sublimísima. No entiendo cómo en el misterio de la Santísima Trinidad subsiste un Dios en tres Personas distintas, ni cómo en la Encarnacion subsisten dos naturalezas en una sola Persona; mas entre tanto tengo estas dos noticias referentes á Dios y á Jesucristo: noticias de tanto precio, que me hacen conocer del Señor, de su grandeza y de su inmensidad más de lo que supieron naturalmente los más profundos pensadores que han existido en el mundo.

Fuera de que, una vez admitidos los misterios sobre la palabra divina, esparcen una luz vivísima sobre las demás verdades. Cuiéndonos siempre al ejemplo referido, apenas se cree firmemente que Dios es Uno y Trino, explícase cómo el divino Hijo, asumiendo nuestra humanidad, pudo dar al Padre una satisfaccion cabal. Las grandezas divinas de Cristo, su sacerdocio, su sacrificio, sus méritos, los tesoros de confianza que debemos tener en El, la fuente de donde nos llegarán todas las gracias, y otras verdades innumerables que descienden de aquel misterio, quedan admirablemente ilustradas, por lo cual se satisface nuestro entendimiento. Decid lo mismo de la preséncia real de Jesucristo en la Eucaristía. No entendemos cómo está en la Hostia; mas, una vez creído este misterio sobre la palabra de Jesus, se nos descubren todas las riquezas del amor divino hácia nosotros, todas las dignaciones, todas las finezas del Redentor; así como nuestra exaltacion é iucomparable dignidad en El. Y lo que se dice de estos misterios, entendedlo tambien de los demás. Son una oscuridad sagrada, cierto; mas una oscuridad de la cual salen rayos de tanta luz, que á su lado son tinieblas todas las ciencias humanas.

Y en verdad los Padres de la Iglesia santa y los

sagrados Doctores, contemplando largamente aquellos santos misterios, sacan torrentes de viva luz. Poned á San Agustín y á San Hilario á discurrir sobre el misterio de la sacrosanta Trinidad, y os condensarán volúmenes sobre volúmenes de verdades completamente maravillosas; Santo Tomás os hará lo mismo sobre la divina Eucaristía; San Cirilo y San Atanasio sobre la divina Encarnación; San Ambrosio y San Bernardo sobre la virginidad de María, y así de los demás divinos arcanos, todos los santos Doctores, mostrando realmente cuánta luz producen los misterios, aunque oscuros, de la santa fé.

¿Sabeis lo que se requeriria en los que mueven tantas dificultades contra los misterios, para verlas completamente desvanecidas al momento? Un poco de buena fé, y que buscasen sinceramente la verdad. Mas sucede de muy diverso modo: se grita contra los misterios, porque puede hacerse esto sin parecer un animal; mas no son los misterios los que principalmente desplacen en nuestra religion, sino los mandamientos. Se dice que la razon, la grande, la noble razon, no consiente que se crean tales verdades, y es, por el contrario, la carne, la vergonzosa, la innoble carne, la que no consiente que se admitan tales preceptos. Y dándoos en prenda la experiencia de todos los sábios, os digo que si Dios se contentase con abrogar dos mandamientos, v. gr., el sexto y el sétimo, los filósofos aludidos admitirian de buen grado doscientos misterios; apenas se hubiese concedido un poco de libertad á la parte baja, su razon no se turbaria, quedando completamente restablecida la paz entre todos los incrédulos y los fieles. El único daño está en que Dios no acepta la condicion.

## CAPITULO XV.

### Religion á la moda.

I. Por qué no cede un poco la religion.—II. Progreso en religion.—  
III. Exigencia de los tiempos.

I. Nuestro siglo es siglo de *conciliacion*, dicen los moderados. ¿Por qué, pues, no se podrian hacer algunas transacciones en materia de religion? Si ésta se plegase algo; si se adaptase y prescindiese un poco de su rigor; si se conformase con los tiempos, los hombres no la mirarian con tan malos ojos...: todo consistiria en que hubiese alguna prudencia, y entónces la religion católica podria esperar un porvenir. Este modo de hablar se usa muchísimo en el mundo; en estos últimos tiempos publicó uno, ignoro cuántos volúmenes para persuadir al Papa, á los Obispos, á los sacerdotes y á todos los fieles de que el Catolicismo debia vestirse á la moda: halló no pocos hombres de bien, de espíritu *conciliador*, que se pusieran á su lado. Ahora bien: ¿qué quereis que diga yo por esta proposicion? Parece imposible que, no ya impiédales, sino extravagancias tales, puedan anidar en mente católica.

Para responder primero en general: ¿qué es la religion de Jesucristo? Es una religion revelada por un Dios venido sobre la tierra para hacerse maestro de los hombres; una religion que profesa determinado número de verdades que se deben creer, y determinado número de ejercicios que se deben practicar. Ahora bien. ¿Cómo puede caber en la mente de un católico que todo esto pueda cambiarse? ¿Quién osará mudar lo que es de institucion divina? Si lo dicen por burla, acuérdense de que en un asunto tan grave la burla es ilícita: si lo dicen con formalidad, han perdido la sindéresis.